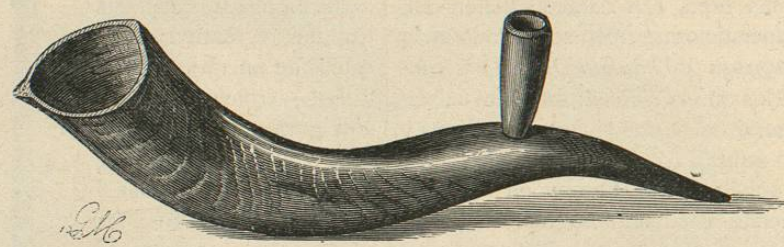


los bueyes ó las ovejas que quizás podría aportar. Este árbol objeto de esta veneración es probablemente el *Tate Mukurume* ó el *Omumboro-Mbonga*, árbol gigantesco con escaso y verde follaje y corteza de un color blanco de plata, «de un aspecto tan antediluviano como si nada tuviera que ver con la generación actual.» Este árbol crece entre los demás único en su clase y por esto la leyenda popular venera en él, como su nombre lo indica, al padre primitivo de todas las criaturas vivientes. Antiguamente se hacían sacrificios á determinados árboles de esta clase y los hereros, al ver de lejos uno de ellos, exclamaban: *ju zera tate mukurume!* (¡tú eres sagrado, padre primitivo!) Este pueblo abriga ciertos sentimientos poéticos en lo que se refiere á la manera especial de ser de cada árbol: así por ejemplo tiene gran predilección por el árbol camello (*acacia gi-*



Una pipa para dacha, de los damaras montañoses (Museo para Etnografía, Berlín) ¹/₄ de su verdadero tamaño

asemeja al de los hotentotes y el color oscuro de su piel al de los damaras (véanse los grabados de las págs. 216 y 232). Josaphat Hahn habla sin fundamentos positivos de «signos indudables» que demuestran que los damaras montañoses antes de estar en contacto con los namaqués, hablaban un idioma negro. Galton y Andersson encontraron gran semejanza corporal entre ellos y los ovambos. Estos mismos autores los designan como negros, sin fijar concretamente las relaciones que existen entre ellos y los damaras. Galton, además, opina que ellos fueron los primitivos habitantes



Utensilios de los damaras montañoses: 1 Bolsa para tabaco. - 2 Cinturón de cuero (Museo para Etnografía, Berlín): la primera ¹/₂ de su verdadero tamaño.

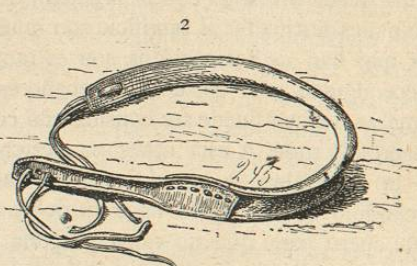
del interior la debida separación de compartimentos: en ella había una porción de utensilios, tales como platos de madera para leche, pipas y otros. La riqueza que estos habitantes poseían en bueyes y ovejas no era tampoco escasa, por más que ellos por desconfianza trataran de ocultarla. El misionero rhenano Hugo Hahn encontró, en 1870, reunidos en la estación de misiones de Okombache á esos mismos habitantes de las montañas en número de 400 á 500. «Puede considerarse - dice - que han gozado de una

raffae) parecido al roble y le da el nombre de *Omulivirikoa*, es decir el que ha de ser estimado: sobre la forma de este árbol y su oscura corteza destaca el hermoso verdor del follaje y el color amarillo dorado de sus innumerables y aromáticas flores. En estas áridas estepas, en que cada árbol, destacándose perfectamente en el horizonte, aparece como deseada isla, se comprende el culto de los árboles.

Una situación rara ocupan en el territorio de los hereros los damaras montañoses que se denominan á sí mismos *haukoín*, es decir verdaderos hombres: los namaqués que primero fueron sus aliados y luego sus señores, les dan el nombre intraducible por lo indecente de *Ghu Damuf*, ó *Damán*. Estos damaras montañoses se parecen mucho por su género de vida á los bosquimanos: en cambio su idioma se

del país habiendo compartido el territorio, hasta que llegaron los damaras (hace unos cien años), con los bosquimanos, ocupando aquéllos las montañas y éstos las llanuras: estos últimos los trataron siempre como á inferiores, no casándose los individuos de la una raza con los de la otra: el hecho de que los primeros aceptaran el idioma de los últimos demuestra que fueron sometidos por conquista.

Los damaras montañoses están diseminados en escaso número por las montañas, en cuyos puntos de más difícil acceso fijaron sus residencias. Galton visitó una de éstas emplazada en una montaña de rocas cortada á pico y punto menos que inaccesible llamada Erongo y situada al Norte del río Swakop, y encontró que su existencia no era tan miserable como podía creer cualquiera que se encontrara con ellos en la llanura. La cabaña de un caudillo se componía de varios departamentos, construídos debajo de un grupo de árboles, uno al lado de otro, de tal manera que las ramas de éstos formaban el techo de aquella y sus troncos constituían en



libertad relativa reflejada en su situación general.» Estos damaras, montañoses al igual que los hotentotes propiamente dichos, cultivan la dacha y como ellos también la fuman con pasión en pipas de agua tragándose el humo y fumando hasta embriagarse por completo. También fuman con gran afición el tabaco y son especialmente apasionados tomadores de rapé. Los utensilios y las armas de los damaras montañoses son, por regla general, los mismos que los de los hereros, con la sola diferencia de que abundan me-

nos y son por término medio, sobre todo por lo que hace á las armas, más rústicos, como puede verse por los grabados de la pág. 233. Es digno de notar que poseen el tambor, desconocido de los hereros.

Son importantes algunas noticias sueltas que se tienen acerca de la aparición de este pueblo, en grupos numerosos, en el bajo Omoramba, al Sudeste de Ovambo. Así como respecto de los *ghu damufs* del país damara no hay ninguna tradición que demuestre que antes hablaron otro idioma, afirmase con relación á aquellas tribus del Omoramba que hablaban muchos idiomas y que algunos de ellos no entendían el hotentote. En este último punto tuvieron seguramente una existencia más desahogada que en el país damara, dedicándose á la agricultura y comerciando con los ovambos y con otros pueblos habitantes al Norte de ellos. La situación de los que viven en el país damara es la más miserable de cuantos pueblos en el mismo se encuentran, siendo despreciados y maltratados por los damaras, por los namaqués y aun por los bosquimanos. Los demás pueblos se burlan constantemente de ellos, afirmando que descienden de los babuínos. «¿Y por qué no?» decía un anciano *ghu damuf*. «Unos y otros vivimos igualmente perseguidos por todos y habitamos del mismo modo en las montañas, donde comemos las mismas raíces que de igual manera sacamos de la tierra escarbándola con las manos.»

CAPÍTULO XIII

LOS OVAMBOS (1) Y SUS AFINES

«Uno de los pueblos más activos y más pacíficos de todos los agricultores del África.»

Fertilidad del país ovamba. - Densidad de población. - Modo de ser de los ovambos. - Agricultura y ganadería. - Viviendas. - Traje. - Armas. - Religión y hechicería. - Derecho. - Bosquimanos y damaras al servicio de los ovambos. - Distintas tribus entre el Ovambo y el Cunene. - Los bakubas ó bavekos.

Atravesando en dirección hacia el Norte la triste estepa del país damara, verdadera ramificación del Kalahari, se descende, aproximadamente en los 18° de latitud, á unas llanuras cubiertas de cereales que están casi tocando á los macizos de espinosas mimosas. El contraste es sorprendente y como se comprenderá agradable. «En vano - exclama Andersson - pretenderíamos describir el encanto que esto nos produce ó pintar el magnífico panorama que á nuestros ojos se extiende: bastará decir que en vez de la estepa de arbustos, en donde á cada paso las espinas de las mimosas nos hacen perder los estribos, ofrece á nuestra vista la comarca un campo al parecer sin límites de amarillos trigos, sembrado de numerosas y tranquilas cabañas y bañado por la cálida luz del sol poniente de los trópicos. Además, álzase aquí y allí colosales árboles, de sombra unos, frutales otros, de gruesos troncos y oscuros follajes, completando el cuadro las palmeras de abanico, ora aisladas, ora formando

(1) El nombre de ovambos no es, por su origen, indígena, pues las tribus sólo conocen sus nombres especiales y no un nombre genérico, sino que fué aplicado por los ovahereros á algunas tribus que habitaban al Norte de ellos. Las modernas investigaciones de Duparquet demuestran que no hay ningún fundamento, filológico por lo menos, que se oponga á admitir bajo la misma denominación á los habitantes de la orilla izquierda del Cunene. Galton refiere que los ovambos de Ondonga por él visitados designaban como verdaderos ovambos á todas las tribus que habitaban á lo largo de este río, y añade que ni por su lenguaje ni por su aspecto se diferenciaban en nada de aquéllos. Los damaras daban igual nombre á todas las tribus que habitaban al Norte de ellos y cultivaban cereales.

grupos. Aquello nos pareció el Elíseo. Muchas veces, desde entonces, he traído á mi memoria esta escena que creo poder comparar sin exageración con la transición desde un desierto ardiente, brillante y sin la menor sombra, á un parque lleno de fresca verdura y de sombras apacibles.» Tal es el país de los ovambos, sumamente fértil á pesar de que en él no sobra el agua. Indudablemente este país pertenece á la clase de territorios de estepas, y tiene períodos de lluvia cortos pero altamente benéficos para los cereales. Entre el Ovoromba, que desemboca por el Oeste en el lago Ngami, y Ondouga, residencia del caudillo de Ovambo, no se encuentran ríos ni torrentes; por esto los ovambos profesan gran veneración al agua. Galton hubo de comprarla á cambio de perlas ó cuentas. En este país se ha trazado un límite muy marcado á la civilización, en armonía con el que se ha puesto á la naturaleza del territorio. La ganadería y la agricultura, la vida errante y la existencia sedentaria, la pobreza y el bienestar, el hambre y la saciedad, la guerra y la paz, todo se encuentra allí en íntimo contacto.

Los ovambos son no sólo el primer pueblo agrícola que se encuentra en el África occidental viniendo del Sud, sino que entre todos los pueblos agricultores africanos son uno de los más activos y pacíficos. Por esto viven agrupados en masas relativamente numerosas. Andersson y Galton aprecian la densidad de la población del país ovambo en 100 almas por cada milla cuadrada, y el último refiere que en una hora de cabalgar (que montando en un buey representa una distancia de cinco kilómetros) pudo contar aproximadamente 30 fincas, á pesar de que la configuración montañosa del país no permitía extender la vista á más de 2 ó 3 kilómetros por cada lado, y supo que en cada finca habría de 30 á 40 habitantes. Estos cálculos más bien pecan de reducidos que de exagerados. En Ovambo no hay grandes aldeas y sí sólo grupos de un número no insignificante de chozas, pues la población se halla por todas partes rodeada de campos. Por lo que hace á la extensión de sus residencias, alcanza, incluyendo los puestos más avanzados, hasta los 19° 30' de latitud Sud hacia el Mediodía (Andersson designa al Okamabuti situado á esta latitud, como el punto fronterizo septentrional de los hereros) y hasta Cunene hacia el Norte. De este último punto no suelen pasar ni ellos ni los comerciantes de Benguela, con los cuales verifican allí sus cambios. El comercio se hace en el río, como frontera del país.

En punto á la estructura corporal, los ovambos se diferencian notablemente de los damaras, pero en cambio se parecen mucho á los damaras montañoses. Son hombres repugnantes, huesudos, con facciones muy pronunciadas y en extremo musculosos. Hasta su idioma es distinto del de los damaras, pues tiene, por ejemplo, la *l* que falta en el de éstos. Hay algunas palabras muy semejantes en ambas lenguas; así para decir «trae fuego» dicen los ovambos *ella omulito* y los damaras *et omuriro*; esto no obstante, ambos pueblos difícilmente se entienden entre sí.

La agricultura que es el rasgo predominante en la vida y en la actividad de esta tribu, tiene por base principal dos especies de mijo, el durra y el eleusine (véase el grabado de la pág. 64), cuyos campos tienen á menudo muchas millas de extensión y están sólo interrumpidos por estrechos senderos. Esta extraordinaria uniformidad de una comarca por todas partes cultivada y sin caminos, constituye para los viajeros una gran dificultad por lo mucho que les cuesta hallar la senda que han de seguir. El grano que se cosecha es guardado en unas pleitas en forma de cestas de un metro de diámetro que se colocan sobre un rústico trípode, con la punta hacia abajo, de manera que nunca tocan al

suelo. Sobre estos depósitos se colocan unas tapaderas hechas con ramaje y endurecidas con limo. Los ricos suelen tener largas hileras de estas cestas, por cuyo número puede calcularse la riqueza, como entre nosotros se calcula por las dimensiones de las trojes.

Después de los cereales, el principal producto de la agricultura es el tabaco: una parte de éste se entrega al caudillo como tributo, cosa que no acontece con los granos. El tabaco, que constituye además la única moneda ó medio de circulación, es machacado en vasijas de madera y resulta de bastante mala calidad. También se cultivan guisantes, habas, calabazas y sandías. En cuanto á árboles frutales, cultivan-se una palmera de abanico, cuyo fruto es comestible, y dos

grandes árboles muy frondosos, de los cuales el uno produce una fruta parecida á la cereza y el otro una semejante á la manzana. Los animales domésticos son: el buey, la oveja, la cabra, el cerdo, el perro y la gallina. La cría más importante es la de bueyes, que, á consecuencia de la falta de pastos, obliga á enviar á los animales á prados distantes algunas jornadas, de los cuales regresan después de la cosecha y entonces se comen los rastrojos que han quedado en los campos.

El alimento principal de los ovambos lo constituyen las gachas espesas de mijo y la leche: de la carne se hace poquisimo uso. Al revés de los damaras que no la usan nunca, los ovambos condimentan todos sus manjares con sal. En



Utensilios de madera de los ovambos: 1 Escudilla. — 2 Puchero. — 3 Pala para escarbar. — 4 Escudilla para los fumadores. — 5 y 6 Dobles tazas para colar cerveza (Museo para Etnografía, Berlín) ¹/₄ de su verdadero tamaño.

su territorio hay salinas en forma de calderas de sal. La cerveza de mijo es su bebida. Después de cada comida, suelen los ovambos fumar.

Las viviendas están rodeadas por empalizadas de 2 á 3 metros de altura con las cuales cercan grandes espacios: dentro de éstos hay, puestos unos al lado de otros, las chozas, los graneros, los patios, los establos, etc. La residencia del rey, que en tiempo de Galton y de Andersson ocupaba una extensión circular de 100 metros de diámetro, parecía un laberinto, tantos eran los senderos de empalizadas que en todas direcciones la cruzaban. Las cabañas son de forma circular y tienen apenas 1'3 metros de altura por 5 de circunferencia: su parte inferior, de unos 6 decímetros de alto, está construída con estacas y los huecos que éstas dejan están cubiertos con limo; sobre aquéllas se levanta el techo en forma de parasol hecho con cañas. El príncipe Nangoro, que reinaba cuando Galton y Andersson visitaron esta tribu, se veía obligado, á causa de su gordura, á dormir en un departamento especial al lado de los edificios de su pertenencia, pues sus cabañas eran demasiado estrechas para él.

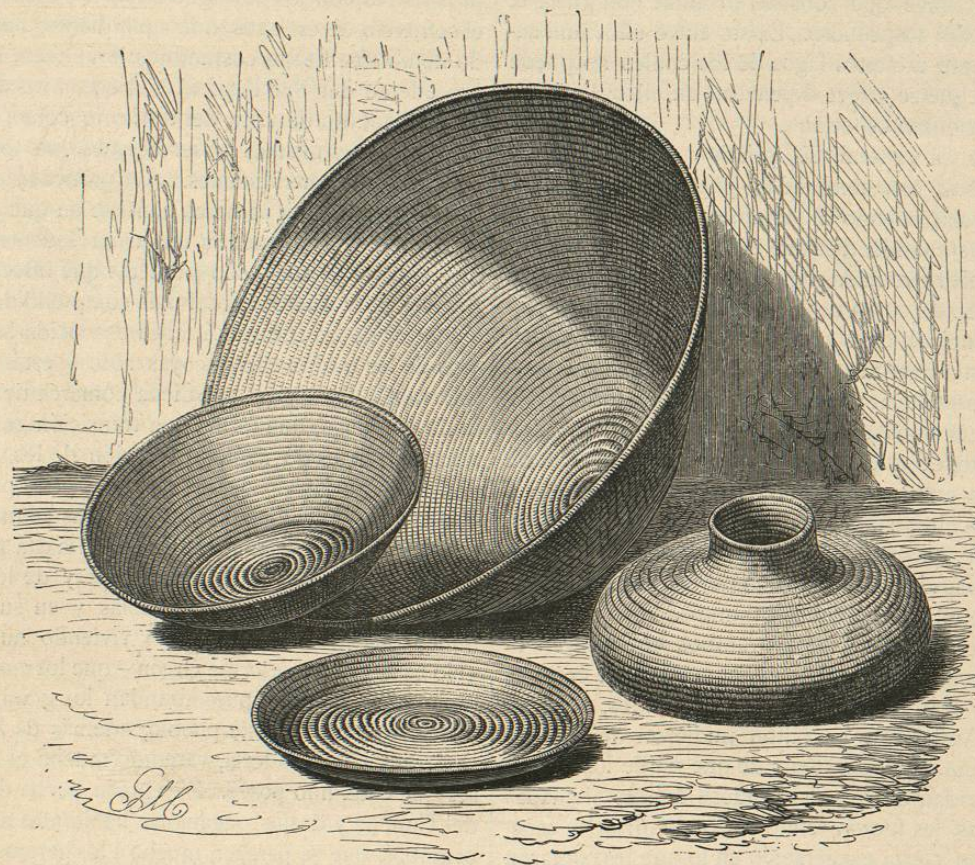
Los utensilios y las armas de los ovambos (véanse los gra-

bados de esta página y el de la 237) están fabricados con sorprendente perfección, en cuanto no son de metal: los platos, cucharas y vasos son de madera. En punto á aperos de labranza, los ovambos sólo usan una azada corta para remover la tierra. De sus armas son especialmente notables los puñales, cuyos mangos y vainas son de madera y éstas últimas á menudo de cuero, y están adornados con placas de cobre ó con alambres chafados. Su armamento se compone comunmente de flechas, arcos, azagayas y kirris: las flechas y los arcos son más pequeños que los de los damaras y los últimos están formados de una madera llamada *mohama* que, siendo por naturaleza plana por un lado, es muy propia para ese objeto. Las flechas van provistas de puntas de hueso ó de hierro, pero rara vez están envenenadas. Los ovambos llevan el carcaj debajo del brazo izquierdo, pendiente de una correa que pasa por encima de la espalda derecha: el puñal pende del cinturón ó de una correa atada sobre el antebrazo. Aun cuando su país no produzca mineral de hierro ni de cobre, los ovambos usan ambos metales, pues obtienen los minerales de los bosquimanos que habitan en las montañas. Con hierro y con cobre fabrican

principalmente sus productos de comercio: con el primero hacen cuchillos y puntas de lanza y de flecha y con el segundo anillos y cuentas: en sus viajes, llevan estos objetos metidos en cestos que cuelgan á ambos extremos de un largo palo. Según refiere Andersson, con un buey se compran ó bien una hoja de azagaya á medio hacer ó una vara de sarta de cuentas de hierro. El objeto más importante de su comercio exterior es el marfil. En el Cunene, que atraviesan para encontrarse en la otra orilla con mercaderes negros que hablan el portugués, cambian su marfil por cuentas, hierro, cobre, moluscos, kauris y otras chucherías, y de estos objetos aquellos que no les sirven utilizanlos para comerciar con los damaras, á cuyo país se dirigían en tiempo

de Andersson, es decir hace 30 años, cuatro veces al año por dos caminos distintos; estas expediciones les valían por término medio 800 bueyes. Después de las reses, las cuentas eran lo que más apreciaban. Los comerciantes extranjeros que visitaban su territorio procedían exclusivamente del país damara: á las caravanas de Galton y de Andersson se juntaban no menos de 70 á 80 mujeres damaras que se dirigían todas hacia Ovambo, unas para realizar sus negocios, otras en busca de hombres y otras para vender cinturones de conchas, que las mujeres ovambas desmontaban y convertían en cordones de cuentas, dando en cambio cereales, tabaco y cuentas de distinta condición.

El traje de los ovambos ofrece algunas particularidades



Fuentes, platos y botella de los ovambos, hechas por medio del tejido (Museo para Etnografía, Berlín) ¹/₇ de su verdadero tamaño

notables que lo hacen contrastar con el de las tribus vecinas, por más que tenga algunos puntos de semejanza con el de los damaras. Los hombres se ponen sargas de cuentas alrededor de la cabeza y del cuello y con frecuencia se adornan con brazaletes de cobre: córtanse á menudo su breve y lanosa cabellera, dejándose crecer solamente la coronilla. Los hombres y las mujeres, cuando han llegado á la pubertad, se cortan algún diente central de la mandíbula inferior. Las mujeres llevan el pelo tan largo como pueden y abultan su cabellera untándola con grasa y tierra roja. Llevan en los brazos y en las piernas brazaletes que á veces pesan 1 y 1 ¹/₄ kilogramo. Según Galton, los brazaletes de cobre son un distintivo de las mujeres del príncipe. Además llevan el cuello, las caderas y el bajo vientre cubiertos de cuentas, conchas y cáscaras, unas veces adheridas á un trozo de tela ó de cuero y otras ensartadas en cordones. Este exceso de adornos hace que las mujeres sean pesadas en sus movimientos.

Los ovambos son muy aficionados á la música y al baile: para la primera tienen el tam-tam y un laúd de débil sonido que se tocan todas las noches en el palacio del prin-

cipe. Apenas oscurece, reúnen la población cortesana en la corte del príncipe y se encienden antorchas de rama de palma, ofreciendo la escena un aspecto pintoresco. Las danzas que se ejecutan hasta muy entrada la noche, más bien que danzas propiamente dichas son movimientos con los cuales se sigue la cadencia de la música. Uno de los espectáculos favoritos lo constituyen las danzas de los bosquimanos que forman una especie de guardia de corps del príncipe y que con habilidad especial imitan siempre algo, las más de las veces los movimientos de algún animal.

Acerca de la religión de los ovambos sólo tenemos datos negativos, pues este pueblo demuestra una notable reserva con los europeos en todo cuanto afecta á sus relaciones é ideas, eludiendo con temor toda pregunta que á cosas religiosas se refiera. Andersson, hablando en cierta ocasión del estado que sigue á la muerte, mencionó el nombre del príncipe Nangoro. «Si hablas de esta manera — le dijeron en voz baja — tus palabras llegan á oídos de Nangoro, creerá que quieres atentar contra su vida.» Lo propio sucedió á Galton, cuyas preguntas encaminadas á enriquecer

un pequeño diccionario del idioma ovambo y á conocer más exactamente los usos y costumbres de este pueblo, obtuvieron siempre la siguiente respuesta: «No debes preguntar sobre estas cosas, pues de lo contrario Nangoro creerá que quieres quitarle la vida.» Muchas acciones de los ovambos se fundan en este temor de que un extranjero pueda matar á un indígena; lo que especialmente teme este pueblo es comer en compañía de hombres tan peligrosos. El hechizo que contra esto ha inventado el príncipe Nangoro y que desde su corte se ha extendido por todo el país, consiste en tomar, antes de la comida, el amo de la casa un buche de una agua especialmente destinada á este objeto, y rociar con ella la cara del forastero. Hay, además, otra forma más suave que consiste en untar con grasa la frente y la boca del sospechoso. Existe entre ellos una superstición referente á ciertos lagos de los cuales no puede salir con vida el que se atreve á penetrar en ellos. Para hacer llover hay hechizos especiales.

La poligamia es general. El príncipe Nangoro tenía 106 mujeres. Estas son compradas, pagándose por ellas 2 bueyes y 1 vaca, cuando el hombre no es rico, y 3 bueyes y 2 vacas cuando disfruta de buena posición. El príncipe es el único que nada paga por ellas, pues enlazarse con él es cosa tenida como un honor. De las mujeres hay siempre una principal, cuyo hijo, ó á falta de éste hija, hereda en la dinastía reinante el trono. Nada sabemos acerca de las relaciones políticas y sobre todo de la historia de los ovambos: sólo tenemos noticia, por lo que á su situación política se refiere, de que por su riqueza y por su poderío son respetados y aun temidos por los damaras, quienes no se atreven á dificultar su comercio. Galton encontró muchos damaras de Omaruru que regresaban del país ovambo, á donde habían ido á disculpase por algunos robos de que habían sido víctimas algunos ovambos.

En punto á ideas jurídicas, los ovambos constituyen al parecer una excepción favorable en comparación con sus compatriotas, y son tenidos por muy honrados, hasta el punto de que Andersson y Galton pudieron dejar entre ellos todos sus equipajes sin temor de que nadie los tocara, con la particularidad de que habiéndose dejado olvidadas algunas fruslerías, les fueron remitidas por emisarios especiales. Quizás hay cierta exageración en lo que les contaron de que los individuos acusados de robo eran conducidos ante el príncipe y empalados, pero la verdad es que este pueblo sentía verdadera aversión al robo. Dicese también que hay distribuidos por el país varios funcionarios encargados de dar cuenta al príncipe de la conducta de sus vasallos. De todas maneras, lo cierto es que éstos temen grandemente á aquél. Dicen mucho en favor de este pueblo el hecho de que los ancianos y caducos sean objeto de excelente trato, y el de que, á pesar de su proximidad y de sus relaciones con los portugueses, no se dediquen al comercio de esclavos. Y sin embargo, entre los ovambos hay ciertos extranjeros que viven en una especie de esclavitud: los damaras son utilizados como pastores y los bosquimanos que se adornan más ricamente que los mismos ovambos, forman, al parecer, un ejército permanente: los primeros son de tal suerte despreciados que ninguna mujer ovamba se casa con ningún damara si no es abandonando el país (lo contrario sucede menos raramente); en cambio, los últimos están en buenas condiciones entre los ovambos y son, según expresión de Galton, «naturalizados», por más que no disfruten de una independencia completa. Andersson dice: «Con los ovambos viven muchos bosquimanos que se encuentran respecto de ellos en una especie de relación de dependencia y de afinidad.» Probablemente estos

bosquimanos son los primitivos habitantes de este país, á quienes se ha permitido seguir viviendo en él bajo una forma suave de servidumbre, mientras que el tronco de su tribu avanzó más hacia el Norte. El citado viajero encontró también entre los ovambos algunos esclavos fugados de Benguela.

Acerca de las dotes intelectuales de los ovambos, únicamente hemos de observar que son muy hábiles en materia de cuentas, llegando á contar 105 cabezas de un rebaño casi tan de prisa como un europeo instruído.

Al Norte de los ovambos viven, según todas las apariencias, unos pueblos á ellos parecidos, por más que su proximidad con los portugueses y por ende su contacto con el comercio de esclavos y de aguardiente, hayan modificado notablemente sus costumbres. Fr. Green, el primero que procedente del Sud llegó al Cunene, hizo en este río, así desde el punto de vista del territorio como desde el de la etnografía, las mismas observaciones que tenía hechas en los países más meridionales. «La particularidad más notable que ofrece esta comarca consiste en que por todas partes en donde se encuentra una tribu sedentaria aparece la misma clase de suelo con palmeras que ofrece el Ondonga, á pesar de la diferencia del país comprendido entre las residencias de las tribus. La única excepción la constituye el país de los ovaknuemas, cuyas aldeas están rodeadas de arbustos.» De suerte que dicha comarca tiene oasis como la de Ondonga, que forma una transición gradual respecto á los territorios de allende la región de los alféos, abundantes en lluvias y por ende en ríos. Por lo poco que conocemos á los pueblos que habitan esas comarcas podemos decir que constituyen la continuación hasta el Cunene del estado de cultura, de las costumbres y de los usos de los ovambos. Todos ellos son agrícolas y en su consecuencia numerosos por regla general y viviendo muy agrupados. «No es de temer — escribe Green — que los europeos se mueran aquí de hambre, pues abundan los granos y otros productos vegetales.» Este pueblo, además de la agricultura, se dedica á la ganadería, variando mucho el número de reses que cada uno posee. Excepción hecha de los ehingas del Cunene y de los ongangúas habitantes al Oeste de los ovambos, que se parecen mucho á los hereros y se adornan casi como ellos, el adorno y el traje de estas tribus, incluso los peinados, son enteramente iguales en todas. Los peinados de las mujeres, sin embargo, son diferentes en cada tribu, distinguiéndose especialmente los de las «aristócratas» que son unas veces grotescos, pero otras sumamente elegantes. Las disrintas tribus parecen ser independientes unas de otras, y cada una de ellas posee un número de hereros que viven sino reducidos á esclavitud, en una situación de más ó menos servidumbre. Cuando Green, en 1865, recorrió los territorios de estas tribus, existían entre ellas relaciones pacíficas, pues la recomendación y los mensajeros del caudillo ovambo Tjikongo le conquistaron á él y á sus dos compañeros blancos una amistosa acogida en todas partes, excepción hecha de los ongangúas, más belicosos, que «más se parecen á los cafres que á los ovambos» y que son muy temidos por sus vecinos: esto no obstante, acabaron por apaciguarse y ser amables. De las descripciones que hace Green hablando de la conducta de los caudillos ovambos, ovangandjeras y ovanguambis, se desprende que no pertenecen al tipo del déspota africano, sino que son hombres benévolos.

Acerca de la densidad y situación recíproca de estas tribus, encontramos en las noticias de Green los siguientes datos: «Las más numerosas son las tribus de los ovaknu-

mas, ovambos, ovanguambis y ovangandjeras: la más pequeña es la de los korangazes. Viniendo del Sud, la primera que se encuentra es la de los ovambos, al Norte de los cuales viven los ovangandjeras, siguiendo luego entre estos y el Cunene los ovanguruzes, los korangazes, los ongangúas y los ehingas; de suerte que estas dos últimas tribus, que son las que más se parecen á los hereros, son las que más hacia el Norte habitan. Al Oeste de los ovambos, viven los ovanguambis; al Nordeste de los ovanguruzes los ombarandus y los ourondamitis, y al Sud de éstos los ombundjas. Prescindiendo de su mayor ó menor densidad, puede afirmarse que estos pueblos son pequeños y poco potentes y sólo pueden conservar su independencia gracias á vivir en este rincón entre la costa, el desierto y el río: los grandes conquistadores del Africa central parecen haber respetado esta remota comarca, no llevando á ella las bendiciones de su fuerza política agrupadora.»

Creemos á propósito ocuparnos ahora en otra tribu que, como la de los ovambos, pertenece al territorio de transición étnica y de cultura que se extiende entre el Africa meridional y el Africa central, y cuyas afinidades, sin embargo, la colocan más bien en el país interior.

Al Noroeste del Ngami, y á unas 100 millas geográficas Tioge arriba, habitan los individuos de la tribu de los bakubas que reconocen su afinidad con sus compañeros del lago Ngami, pero que se creen muy superiores á ellos. Diferéncianse mucho de los betschuanos y no consienten que se les llame *bakobas*, es decir «esclavos» en el idioma sitchuano, sino que dicen que el nombre que ellos y sus afines llevan es el de bakubas. Sus vecinos del lago Ngami los denominan havekos. Viven muy agrupados y su capital, situada en los 18° de latitud Sud, está incluída en los mapas con el nombre de ciudad de Lelebe, que era el del

caudillo reinante en 1856, es decir en la época en que Green y Wahlberg la visitaron. Dedicánse á la agricultura y no parecen ser buenos cazadores, pues su país estaba poblado simo de grandes fieras y sus habitantes suplicaron encarecidamente á aquellos dos viajeros que cazaran para ellos elefantes é hipopótamos. Como gracias al pueblo comercial de los mambaris están en frecuentes relaciones con los portugueses de la costa occidental, poseen armas de fuego y pólvora y aun ceden parte de ésta á las tribus del Ngami. En vez de balas de plomo, usan balas de hierro forjadas. Sus únicos artículos mercantiles de exportación son el marfil y los esclavos. Los muchos y macizos anillos de cobre con que se adornan los reciben, al parecer, de los ovambos. Los havekos rara vez salen de su país, en cambio sostienen entre sí animadas relaciones: de sus costumbres, la que más sorprendió á Green fué la manera que tienen de referir las novedades con la cara siempre seria acompañándose con continuas palmadas, pronunciando el narrador cortas frases de dos ó cuatro palabras, que otro repite, y cuando éste se ha enterado bien, se lo cuenta de la misma manera al primero que encuentra. Dicese también, que los havekos son fumadores apasionados, razón por la cual á Wahlberg le recordaron á los alemanes. Casi siempre se les ve con su pipa de un metro de largo, cuyo receptáculo tiene muchas veces la forma de una cabeza de hombre: el tubo está hecho con un pedazo de cañón de fusil al cual va adherida una pieza de hierro. Los havekos estiman tanto sus pipas que, según Green, antes que desprenderse de ellas se desprenderían de sus mujeres. De sus habilidades artísticas merece citarse la escultura, de la que nos ofrecen buenos ejemplos sus pipas para tabaco y sus palos-mazas (*kirris*) adornados con cabezas humanas ó con figuras de animales.